

Programa de Formación Permanente

2015 Interioridad agustiniana

6. La interioridad como soporte de la vida comunitaria





LA INTERIORIDAD COMO SOPORTE DE LA VIDA COMUNITARIA

Paseo por un centro comercial y me detengo en la tienda de revistas. Cantidad de publicaciones de todo tipo forman un abanico multicolor. Entre ellas me fijo en dos que, prácticamente, llevan el mismo título: una, *Diseño interior*, la otra, *Interiores*.

Otra parada. Esta vez en una librería religiosa. Me encuentro con más de una publicación que ha estampado la palabra *interioridad* en su portada. Las revistas del centro comercial están relacionadas con espacios en los que las personas viven o trabajan. Parece que es un arte eso de ordenar, embellecer, armonizar el espacio que rodea a las personas, a las familias, para que estén a gusto “dentro” de él. Me pregunto si habrá también un arte para lo mismo aplicado a lo que el ser humano “lleva por dentro”, su espacio interior, sus “adentros”. Parece que las obras expuestas en la librería van por ahí. Ojeando su contenido observo que hablan de la interioridad como un viaje al centro de nuestro ser¹ y de cultivar y crear cultura de la interioridad².

En las páginas que siguen trataré, yo también, de acercarme a la cuestión de la interioridad de forma necesariamente sintética, ciñéndome, por un lado, a una

¹ Cf. T. Santamaría, *La interioridad. Un viaje al centro de nuestro ser*, Desclée de Brouwer, Bilbao 2013.

² Cf. C. Jalón, *Crear cultura de interioridad*, Ediciones Khaf, Madrid 2014. En la misma línea pedagógica: M. Piera Gomar, *Educación en el silencio y en la interioridad*, CCS, Madrid 2014; E. Andrés, *La educación de la interioridad: una propuesta para Secundaria y Bachillerato*, CCS, Madrid 2009. La propia C. Jalón *et alii* en: <http://www.descubretuinterioridad.com>.

determinada concepción de la misma de carácter esencialmente dinámico y, por otra, a los vínculos que se establecen entre interioridad y comunidad. Más en concreto como soporte –fuente, sería mejor decir- de la vida comunitaria. La vivencia y construcción de la comunidad, de la fraternidad, de la vida comunitaria, no ha dejado de estar presente en la reflexión acerca de la vida consagrada de las últimas décadas. La interioridad... no tanto. Actualmente parece que hay un “resurgir” del tema³, que algunos califican, no como una moda, sino cabalmente como un hallazgo⁴.



Parece que es un arte eso de ordenar, embellecer, armonizar el espacio que rodea a las personas, a las familias, para que estén a gusto “dentro” de él.

³ Cf. AA. VV., *La interioridad: un paradigma emergente*, PPC, Madrid 2004; AA. VV., *¿De qué hablamos cuando hablamos de interioridad?*, Eides, Barcelona 2013; AA. VV., *La interioridad: a la conquista del “sexto continente”*, CITEs, Ávila 2007; J. F. Crosby, *La interioridad de la persona humana*, Encuentro, Madrid 2007.

⁴ “La interioridad no es una moda, sino un hallazgo. Un hallazgo muy antiguo, porque todas las tradiciones espirituales la han cultivado, comenzando por el cristianismo, horadando la realidad con la certeza de que en ella manan las fuentes de la vida, porque Dios no es externo a las cosas sino que las sostiene desde su profundidad: ‘*Deus intimior intimo meo*’, (‘Dios es más íntimo que mi propia intimidad’), ya dijo san Agustín en el s. V., así como santa Teresa describió un recorrido con siete moradas, cada vez más hacia adentro” (J. Melloni, citado en C. Jalón, *Crear... 9*).

I. INTERIORIDAD: LUGAR, DIMENSIÓN, MODO DE SER...

Me gusta acudir al diccionario en busca de la riqueza y los secretos de las palabras. El de la Real Academia Española me dice que “interioridad” se define como “cualidad de interior”. Por su parte, “interior” (del latín *interior*, *-oris*) describe una realidad: 1) que está en la parte de dentro; 2) que está muy dentro; y 3) que solo se siente en el alma⁵. Una realidad, un espacio, un lugar...

Y ¿dónde se halla? Interior es lo que está debajo de la superficie de los cuerpos, o dentro de los límites de la extensión. Incluso dicho espacio se identifica a menudo con la parte central. Por eso el campo semántico se abre a palabras como íntimo, intrínseco, profundo, recóndito (escondido, velado, no patente), entrañable (referente a las entrañas). De este primer sentido de “colocación”, situación y limitación en el espacio pasamos al “ontológico”, o sea, al que expresa “modo de ser”, unión, naturaleza. Lo íntimo no solo pertenece a la parte central de las cosas, sino a su modo de ser. Lo intrínseco está identificado o forma parte de la esencia⁶

Entonces estaríamos hablando ya de la interioridad como de una “dimensión constituyente”. Entonces... ¡soy interioridad! Sí, poseo y soy interioridad; real, pero... escurridiza.

Y es que la interioridad no es un elemento fácilmente delimitable. Resulta que tiene carácter “inobjetivable”. Es una dimensión inmaterial; aunque, eso sí, real, perceptible y comunicable. Se habla también de ella como capacidad y actividad; como un recogerse sobre sí mismo, reflexividad, conciencia que tenemos acerca de nuestro ser.

Se puede incluir en ella el mundo de nuestros afectos, deseos, emociones, las pasiones más profundas del ser humano. También el mundo de nuestros valores e ideas, todo aquello en lo que creemos y consideramos bueno. Otros añaden las “llamadas interiores” o “vocación”, el sentirse impulsados a ser, y también el modo de serlo, es decir, la interioridad como eje de la vida ética, pues con ella se da la realización de la libertad responsable del individuo.

Desde ella se despliegan conexiones hacia otros campos, como la mente y el pensamiento, la afectividad, el lenguaje, la voluntad-libertad, el proyecto de vivir y la búsqueda del sentido de la vida⁷.

Hablar de interioridad es hablar de profundidad, del espacio donde acogemos las resonancias que nos llegan del mundo exterior. Es donde reflexionamos,

⁵ Cf. *Diccionario de la RAE*²¹, Espasa, Madrid 1992, 1179-1180

⁶ Cf. *Diccionario avanzado de sinónimos y antónimos de la lengua española*, Vox, Barcelona 1998, 384.

⁷ Cf. F. Torralba, *¿Por qué Pierre Anthon debería bajar del ciruelo? Interioridad y sentido*, Ediciones Khaf, Madrid 2013.

sentimos, imaginamos, queremos, asumimos, recordamos, trascendemos, saboreamos⁸...

Se ve en ella una dimensión irrenunciable del ser humano⁹; constitución radical¹⁰; eje vital y punto nutricio¹¹; fuente dinámica de su pensar, sentir y actuar¹²; puerta y proceso que nos introduce en la realidad como Misterio¹³.

Es “vivirse dentro”, estar en contacto con lo mejor de uno mismo y desde ahí desplegarse hacia los otros, hacia el mundo, hacia lo Otro-Dios¹⁴, en un sentimiento creciente de amor incondicional¹⁵, ya que la interioridad sin solidaridad no resulta creíble¹⁶.

II. INTERIORIDAD: INOBJETIVABLE... PERO REAL¹⁷

Centro, lugar, espacio, ámbito, profundidad, capacidad... Lenguaje que se acerca a la realidad a la que quiere referirse pero que siente, a la vez, que se le escapa, que no se deja abarcar, que es más. ¿Quién puede medir o pesar la interioridad? De sobra conocida es la afirmación de Antoine de Saint-Exupéry en su obra *El Principito*: “Lo esencial es invisible a los ojos; no se ve bien sino con el corazón”.

La interioridad es inobjetivable... pero real; se muestra y se percibe en realidades objetivables, en gestos, en movimientos, en... La interioridad es realidad inobjetivable del ser humano en su vida concreta e intransferible, realizándose en el tiempo.

⁸ Cf. C. Jalón, *Crear...* 23.

⁹ Cf. J. García de Castro, “Interioridad, experiencia, teología”: G. Uríbarri (ed.), *Contexto y nueva evangelización*, Universidad Pontificia Comillas, Madrid 2007, 124.

¹⁰ Cf. J. Melloni, citado en C. Jalón, *Crear...* 9.

¹¹ Cf. I. Gómez, *Educación la inteligencia espiritual*, Editorial Khaf, Madrid 2014, 49.

¹² Cf. J. Garrido, *Proceso humano y gracia de Dios*, Sal Terrae, Santander 1996, 122.

¹³ Cf. T. Santamaría, *La interioridad...* 22 y 117.

¹⁴ Cf. M. Galcerán, A. Roig, J. Otón, “Interioridad”: J. M. Bautista (ed.), *10 palabras clave sobre pastoral con jóvenes*, Verbo Divino, Estella 2009, 23.

¹⁵ Cf. E. Martínez, *Vida en plenitud*, PPC, Madrid 2012, 26.

¹⁶ Cf. J. Melloni, *Hacia un tiempo de síntesis*, Fragmenta, Barcelona 2011, citado por E. Martínez, *Vida...* 26.

¹⁷ Hago a partir de aquí una presentación sintetizada del planteamiento de J. Garrido acerca de la interioridad tal y como este autor la ha ido explicitando en varias de sus publicaciones. Me centro principalmente en J. Garrido, *Proceso humano...* 117-132; e Id., *Evangelización y espiritualidad*, Sal Terrae, Santander, 2009, 35-39 y 50-55.

1. Instancias e interioridad

No es fácil percibir lo inobjetivable a través de lo objetivable; detectar la unicidad del sujeto en la complejidad de sus tendencias y experiencias; dibujar el proceso de la libertad interior, cuando este se debate entre sus mecanismos de defensa y el amor que le hace salir de sí; captar el paso del hombre viejo al hombre nuevo, de lo carnal a lo espiritual o teologal fundante; discernir entre la fenomenología de integración psicológica y la de las experiencias místicas...

Vamos a denominar “instancias” a esas realidades objetivables en las que la interioridad, igualmente real, se hace perceptible y comunicable; también podríamos hablar de ellas como los componentes que integran dinámicamente a la persona. A sabiendas de que su número podría ser más amplio, nos fijamos en cinco de ellas que consideramos fundamentales, al integrar dinámicamente a la persona: *autoconciencia*, *intersubjetividad*, *trabajo-acción*, *contexto sociocultural* y, finalmente, *biografía*. Explicitamos brevemente cada una de ellas.

- a) La autoconciencia hace referencia a la persona en cuanto individuo. Implica diversos aspectos específicos: la reflexión, el autoanálisis, la soledad, la autoafirmación, los contenidos de conciencia y de inconsciencia, etc.
- b) La intersubjetividad hace referencia al ser persona con otras personas, a lo específico de la relación interpersonal. Implica aspectos variados que se engloban en la convivencia y en la afectividad: salir de sí, comunicación, encuentro, vinculación amorosa, dependencia, socialización, relaciones de autoridad, etc. Los ámbitos de la intersubjetividad son muy plurales entre los humanos: familia, educación, amistad, pareja, grupo de pertenencia, relación laboral, estamento social, solidaridad, compromiso civil¹⁸, etc.
- c) La persona es también acción en el mundo, es decir, trabajo. En un doble sentido: en cuanto actividad transformadora de las condiciones objetivas y en cuanto colaboración con otros seres humanos. Distinguimos entre trabajo e intersubjetividad por referencia al binomio que configura la vida de las personas: intimidad (o reciprocidad de conciencias) y trabajo (actividad externa, socializada). El trabajo implica muchos aspectos: habilidades, preparación intelectual, responsabilidad, experiencias de acción, colaboración, etc.
- d) La instancia ‘contexto sociocultural’ hace referencia a la situación histórica en que se encuentra la persona; situación que implica: a) aspectos objetivos preestablecidos, por ejemplo, la clase social, los

¹⁸ Siempre sugerentes son al respecto las reflexiones de M. Légaut, *Interioridad y compromiso*, Asociación M. Légaut, San Sebastián de los Reyes 2000 (original de 1977).

sistemas de producción, la mentalidad reinante, los esquemas sociales de comportamiento, etc., y b) la categoría de lo temporal, que hace que toda realidad humana, individual o social, haya de ser entendida dentro de unas coordenadas en cambio. Por ejemplo, el contexto sociocultural establece hoy que la autonomía personal es un valor determinante, presupuesto incluso para la experiencia religiosa.

- e) Biografía: experiencias familiares, asimilación de la educación, sueños íntimos, conflictos diversos según los ciclos vitales, dramática de las relaciones, decisiones, situación existencial aquí y ahora...



La persona es también acción en el mundo, es decir, trabajo. En un doble sentido: en cuanto actividad transformadora de las condiciones objetivas y en cuanto colaboración con otros seres humanos.

2. Lo determinante es la interioridad

Las cinco instancias son categorías formales que buscan una visión integral de la persona humana. En la realidad, las instancias son interactivas. Por ejemplo, la autoconciencia depende de la imagen que los demás me dan de mí; la intersubjetividad depende de la capacidad de autonomía; la cosmovisión, del contexto sociocultural; y este, de las condiciones materiales y cognitivas en que se desarrolla el trabajo humano; etc. Si traspasamos la interactividad a la experiencia religiosa, la oración (forma de intersubjetividad) dependerá de la cosmovisión que me hayan dado de Dios (incluso para comprender de qué intersubjetividad se

trata), y no cabe separarla de su subsuelo individual, constituido por las imágenes latentes del inconsciente afectivo.

Son, pues, y como ya se ha dicho, los elementos que estructuran dinámicamente a la persona. Esta existe como sujeto ante sí misma, en relación con otras personas, ante el mundo, en una situación determinada y con una visión de la realidad. A este lenguaje abstracto le ponemos rostro en aquellas modalidades que concretan dichas instancias, como son, por ejemplo, la comunidad, el acompañamiento, la oración, la misión cristiana, la Iglesia, la liturgia, etc.

Las instancias son esenciales, pero lo determinante es la interioridad. Ya que las instancias son objetivables y tienden a ser trabajadas como sistema controlable, la interioridad representa el carácter inobjetivable de la persona, es decir, específicamente, la subjetividad.

La interioridad no debe ser confundida con la autoconciencia ni con la intimidad intersubjetiva, sea humana o religiosa (esta ha sido denominada, clásicamente, la ‘vida interior’). No es una instancia o mediación, sino la personalización, precisamente, de todas las instancias. Solo existe en las instancias, pero es ella la que constituye lo personal en sí mismo. Por hablar en términos conocidos: no somos robots con múltiples funciones (las instancias), sino sujetos encarnados en cuerpos conscientes y dotados de libertad, es decir, personas humanas.

Precisamente porque la interioridad no es una instancia, sino la subjetividad de las instancias, no es objetivable, pero sí es perceptible. Su presencia en las instancias y la interacción entre estas muestran la realidad de la interioridad.

Al ser presentada de este modo, es fácil que se intuya cierta equiparación entre la interioridad y lo que clásicamente se ha denominado ‘alma’. Ciertamente, expresiones como ‘con toda el alma’, ‘se ha dejado el alma en ello’, etc., se acercan al sentido de interioridad aquí expuesto en tanto que reflejan la implicación y el compromiso de quien se arriesga y vive a fondo lo que siente o hace. Esta persona ‘tiene alma’, ‘tiene interioridad’.

Ahora bien, interioridad y alma se alejan si apelamos a esta última como concepto metafísico dentro de una visión antropológica preponderantemente estructural del sujeto, y no tanto dinámica, que es la que aquí proponemos. Señala Manuel García Hernández en su *Ensayo sobre vida y espiritualidad*:

“En la vida cotidiana nombramos con frecuencia el alma en relación con experiencias que brotan espontáneamente de lo más hondo y auténtico de nosotros mismos: ‘lo siento en el alma, me lo dice el alma, mi amigo del alma’... Se trata de expresiones no conceptualizadas que suelen sacar una verdad profunda que llevamos muy dentro. Esa verdad conecta más con el corazón y las vísceras que con la cabeza, pues no es fruto del puro razonar, ni de una piadosa imagen o especulación metafísica. Todos sabemos en la práctica qué es el alma porque la hemos experimentado en algunos momentos, sabemos a qué nos referimos cuando

la sentimos, aunque no siempre podamos emplear la expresión de un concepto que la defina, pues las palabras sobre ella se quedan cortas. No tiene nada que ver con ese concepto abstracto, que quizá nos enseñaron de pequeños, referido a una sustancia sobrenatural que habita encarcelada en alguna parte concreta del cuerpo, del que está deseando librarse como de un enemigo para recuperar su felicidad en un cielo lejos de la tierra. Sabemos que, encarnada en la corporeidad que somos, representa lo más íntimo y auténtico de nuestro ser. El alma es nuestra verdadera naturaleza, nuestra identidad esencial, el tabernáculo personal donde habita Dios, una presencia profunda y creadora, consciente y amorosa, simple y silenciosa en la que nos encontramos a salvo, pues es nuestro verdadero hogar; no puede ser aprehendida por la mente ni contenida en el espacio de un límite físico. Anima en nosotros a unir lo que está separado, siempre en un movimiento, de dentro a fuera, de espaciosa compasión que abre caminos de sentido...”¹⁹.

La interioridad tampoco es lo opuesto a exterioridad. Afirmar tal cosa significaría identificarla de nuevo con una instancia: la autoconciencia frente al trabajo; la actividad reflexiva frente a la actividad social. Significaría incurrir en la contraposición tradicional entre actividades espirituales, las únicas dignas del hombre, y actividades materiales²⁰.

Seguramente, el término más próximo a ‘interioridad’ es el término bíblico ‘corazón’, que, como se sabe, no se reduce a afectividad, la cual es una facultad entre otras. El corazón significa, simbólicamente, el centro unitario e inobjetivable de la persona, sede y fuente dinámica del pensar, sentir y actuar.

3. Vivir a la luz de la interioridad

¿Qué supone entonces vivir a la luz de esta interioridad? Veámoslo.

Primero, que el sujeto haga suya la realidad, cualquier realidad: interior o exterior, intramundana o trascendente. Cuando el sujeto actúa como tal, se sitúa en la realidad no como objeto, sino como capacidad y dinamismo que, en la interacción (sea el conocimiento de lo material, la relación interpersonal o la súplica a Dios), internaliza la realidad y, simultáneamente, la configura desde sí mismo. Cuando se es sujeto y se ejerce la interioridad, el mundo se llena de significación.

Segundo, situarse en la realidad como centro que actúa desde sí. Capacidad de vivir ‘de dentro afuera’.

Tercero, la persona percibe a la vez la inmediatez del tú inobjetivable y las mediaciones en que este se muestra. Por ejemplo, el encuentro de amor entre dos personas se realiza en un abrazo o en un beso; pero el encuentro no consiste en el abrazo o en el beso. Si el encuentro no es esporádico, sino que crea una historia de reciprocidad, entonces hablamos de amor en sentido propio, es decir, de vinculación y pertenencia. Que la otra persona signifique para mí de un modo distinto, y que esto lo constate en el ‘cambio de mirada’ o en la aceleración del

¹⁹ M. García, *Ensayo sobre vida y espiritualidad*, Desclée de Broker, Bilbao 2015, 19-20.

²⁰ Cf. J. Melloni, citado por C. Jalón, *Crear...* 9: “Hay que dejar bien claro que ‘interioridad’ no se contrapone a ‘exterioridad’, sino a ‘dispersión’ y a ‘superficialidad’”.

pulso, quiere decir que la interioridad es propia de un ser finito que se realiza en su corporalidad. Pero solo al positivismo más burdo se le ocurre confundir el amor con el cardiograma. La importancia de este dato se revelará en sus consecuencias: en la pedagogía de la afectividad; en el discernimiento entre la experiencia teologal y las otras experiencias; en la comprensión de la experiencia del Dios de la revelación; en la pedagogía espiritual de las mediaciones...

Cuarto, capacidad de percibir todo lo real, y ello a distintos niveles de densidad ontológica.

Por ejemplo, la instancia ‘comunicación’ (una de las formas de la intersubjetividad) puede significar:

- a) un hablar puramente funcional (dos desconocidos que hablan del tiempo);
- b) un hablar que implica afectivamente (reciprocidad de conciencias);
- c) la experiencia interactiva de crear juntos un proyecto de vida;
- d) la comunicación simbólica de la relación sexual, que suscita la pertenencia (‘yo soy tuyo; tú eres mía’).

Tras lo expuesto hasta aquí se comprenderá mejor la afirmación ya mencionada de que las instancias o mediaciones son esenciales; pero que lo determinante está en la interioridad.

III. INTERSUBJETIVIDAD Y COMUNIDAD²¹

Una vez establecido nuestro planteamiento acerca de la interioridad, nos centramos ahora en una de las instancias constitutivas de la persona ya presentadas, a saber, la intersubjetividad y la comunidad como una de sus formas.

La intersubjetividad implica una nueva concepción de la comunidad, no como algo primordialmente ‘objetivable’ (lo institucional y lo que lo garantiza: mera socialización, interrelación formal, primado de lo estructural, papel determinante de la autoridad...), sino como relación interpersonal y participación activa en un proyecto.

El conjunto de estas reflexiones abarca a la comunidad como grupo humano general, pero irán principalmente referidas a la comunidad religiosa.

1. Intersubjetividad y nuevo estilo de comunidad

Resulta altamente significativo el cambio que se ha producido en estos años en la vivencia y comprensión de la vida cristiana en relación a la comunidad, como resulta patente en la sensibilidad actual hacia lo comunitario en la vida religiosa.

²¹ Como en el apartado anterior, sigo J. Garrido, *Proceso humano...* 565-582.

Siempre se ha dicho que la comunidad religiosa intenta realizar el principio evangélico del ‘amaos los unos a los otros como yo os he amado’, y ser así signo escatológico del Reino. Siempre se ha insistido en el amor de hermanos y en la confianza mutua.

Pero, en cuanto modelo o estilo de vida, el tradicional subrayaba el papel de la autoridad y de la vida regular centrada en los actos comunitarios, donde el silencio era especialmente valorado, y las reuniones comunitarias se centraban en aspectos de disciplina, de administración o de estudio. Actualmente, sin embargo, se han ido operando cambios significativos en nuestra forma de vida:

- Valoración actual de la calidad de las relaciones interpersonales en su propia dimensión humana.
- Importancia vital de la comunicación.
- Introducción del discernimiento comunitario ‘desde abajo’.
- Primado de las reuniones comunitarias sobre la fidelidad a los horarios de la vida regular.
- Elaboración del proyecto comunitario.

A poco que nos fijemos, nos damos cuenta de que lo que aquí está en juego es una nueva sensibilidad antropológica y evangélica. Se podrá discutir si estos cambios conllevan o no una carga reaccional excesiva (por ejemplo, la minusvaloración del silencio); pero es evidente que no pueden reducirse a puras formas externas. Es la intersubjetividad como valor humano y espiritual la que está subiendo a las conciencias. Lo cual, evidentemente, no impide que, en la práctica, se produzcan desequilibrios y que la interioridad pueda verse reducida a autoconciencia individual, y la comunidad a mera socialización.

Y es que hablar de las relaciones interpersonales en la comunidad religiosa, superando el modelo uniforme e impersonal de la vida regular, para soñar con una comunidad de fusión, de amor fraterno sin conflictos ni diferencias, sería recaer en actitudes infantiles regresivas. A mayor y mejor intersubjetividad, mayor y mejor autonomía de las personas individuales, y viceversa.

2. La instancia de la intersubjetividad

De entrada, tengamos muy presente el principio de especificidad de la instancia intersubjetividad. Queremos decir que la comunidad no es la suma de los individuos, que lo social tiene una dinámica propia, que los valores comunitarios son irreductibles. Conviene, pues, recordar algunos aspectos correlativos entre individuo y comunidad:

- Que el individuo no se puede realizar sin comunidad.
- Que la comunidad posibilita procesos individuales.

- Que interioridad es real cuando desarrolla la socialización, la intercomunicación, la comunión interpersonal.
- Que la interioridad no acaba en el sujeto, sino en el ser para los demás, en el olvido de sí, en la comunidad.

3. Interioridad e intersubjetividad

Conviene captar debidamente los niveles en que la interioridad puede percibir y vivir lo comunitario. Nos acercamos a ellos.

- El nivel psicosocial:* Responde a la necesidad de adaptación de un individuo al grupo y al rol que en él desempeña, suma de su autoconciencia y de las expectativas que los demás se hacen respecto de él. La intersubjetividad a nivel psicosocial es necesaria, y nunca puede prescindirse de ella, pues es el sustrato en que se desarrollan las otras dimensiones. Por ejemplo, una persona que no se atreve a reaccionar espontáneamente está condicionada en su libertad espiritual por el miedo a perder imagen social. Este nivel tiene su estructura propia y ha de ser objetivado en cuanto tal. De ello se encarga la psicología social.
- El nivel existencial:* Existencialmente, la vida comunitaria implica el descubrimiento del otro en su diferencia, libertad y significado propio; en su dignidad de persona. Es lo que permite la aceptación y el respeto, el cariño y la confianza. El nivel existencial es aquel en que uno sale de sí y establece lazos. Unos lazos que tanto en la familia como en la vida religiosa tienen carácter estable y se constituyen en proyecto común de vida. El proyecto abarca un estilo de vida y una tarea.
- El nivel teológico:* Este nivel se da en el amor de fe. La familia cristiana (o la comunidad religiosa) es convocación de Dios, y cada cual es a la vez don y misión que el Señor nos ha dado, lugar de su presencia y llamada a la realización del Reino. El otro es mi vocación, y por eso mi vida no tiene sentido sin él, ni en la salud ni en la enfermedad, estemos cerca o estemos lejos, haya o no reciprocidad..., pues la medida del amor es la de Jesús: ‘Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por los amigos’ (Jn 15,13).

4. Aplicaciones concretas

Vayamos a aplicaciones más concretas. No es lo mismo, por ejemplo, relacionarse con el superior/a como instrumento necesario del orden social que colaborar corresponsablemente con él/ella en la marcha de la comunidad o expresarle los conflictos personales buscando ayuda y discernimiento. Pensemos, también, en los momentos en que la comunidad se reúne, ya sea para orar o para tratar de cosas comunes; uno puede vivir su interacción a distintos niveles:

- a) *En función de necesidades primarias:* Se necesita una convivencia sin conflictos, se adoptan actitudes pasivas y se delega la responsabilidad en la autoridad o en los otros. En todo caso, me siento afectado cuando el grupo o sus decisiones no satisfacen mis expectativas de seguridad, comodidad, prestigio...
- b) *En función de una racionalidad adulta:* Se valora la comunidad como ámbito de autorrealización y de tareas comunes. Hay corresponsabilidad y se busca crecer juntos desde la confrontación y la colaboración. Cada cual acepta la realidad del otro y del grupo, y se vive en interacción, renovando la comunicación y el proyecto de vida.
- c) *En función de la afectividad interpersonal:* La comunicación compromete el mundo de los sentimientos, sin por ello confundir el amor fraterno con la amistad. A partir de la aceptación de cada uno en su propia realidad, la confianza mutua permite crear lazos de cariño, interés común y entrega. Los grados y matices son infinitos: desde una dinámica grupal, usando técnicas expresivas del ‘aquí y ahora’, hasta la experiencia de vinculación fraterna, pasando por la riqueza de la espontaneidad (el buen humor, los desahogos, etc.).
- d) *Desde la profundidad del amor teologal:* Este es el nivel desde donde se percibe a cada uno de los hermanos como gracia del Señor, y a la comunidad como misterio de comunión que, en la fe, realiza la comunión del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Y se verifica cuando el amor de fe fundamenta e impregna el sentido último de la convivencia y de las relaciones, especialmente si estas no son gratificantes, o si los unos han de llevar la carga de los otros, o si la dinámica interpersonal está bloqueada. Como dice el monje Anselm Grün:

“En la comunidad descubro mi propia verdad, mis propias zonas oscuras. Quienes de verdad me permiten conocer de qué cosas sigo sin ser consciente y qué cosas siguen en mí sin estar penetradas por el Espíritu de Dios, son justamente mis conflictos con los otros. Gracias a ellos descubro mi propia humanidad y susceptibilidades. La comunidad me guarda de querer volar espiritualmente demasiado alto. Me mantiene con los pies bien puestos sobre la tierra. En la comunidad lo que digo refleja lo que mi vida es realmente. Frente a mis hermanos no puedo pronunciar grandes palabras sin a la vez sentirme ridículo. La comunidad me obliga a ser honesto y modesto a la vez”²².

Obviamente, todos estos niveles se entrecruzan. El de la afectividad interpersonal conviene que desarrolle el de la racionalidad adulta, a fin de que no se confunda con las necesidades primarias. El nivel teologal no es una superestructura añadida a los anteriores a modo de sublimación ideológica, sino el

²² A. Grün y W. Jäger, *El misterio más allá de todos los caminos*, Desclée de Broker, Bilbao 2014, 135.

sentido y la motivación última de los mismos. Por eso, con frecuencia apenas si se explicita.

En cuanto al primer nivel, es del todo ineludible, pues todo grupo tiene ciertas necesidades primarias que satisfacer, aunque sea la de no vivir habitualmente en conflicto. Asimismo, olvidar el nivel psicosocial en favor del espiritual puede conducir a la sublimación idealista. Olvidar el nivel espiritual y reducirse a aclarar las relaciones psicosociales desemboca en el olvido de lo esencial: el amor y el proyecto vocacional. El nivel existencial suele hacer de puente, ya que está ligado directamente a la madurez humana.



La comunidad me guarda de querer volar espiritualmente demasiado alto. Me mantiene con los pies bien puestos sobre la tierra. En la comunidad lo que digo refleja lo que mi vida es realmente.

Al principio, la comunidad religiosa suele estar ligada al ideal imaginario del yo, y fácilmente se busca en ella la proyección de un mundo feliz, de espaldas a lo real. Solo la asunción de la crisis que podemos denominar “de autoimagen” — desencadenada por medio del acompañamiento espiritual, o en la oración, o a través del autoanálisis, o en una dinámica grupal, o en una situación difícil—, va a posibilitar un nuevo nivel de conciencia en la vivencia de la comunidad. Van a aparecer los perfiles reales del otro y del grupo y, simultáneamente, los personales. La tentación es huir, refugiarse en el propio narcisismo. Vivir esta crisis y esforzarse por afrontarla con autenticidad nos hace madurar y nos habilita para integrar la autocrítica y el diálogo franco, la capacidad de confrontación, el

aprendizaje de la aceptación mutua y la liberación de necesidades infantiles de aprobación o de autoafirmación.

Pero, sin duda, es la experiencia fundante la que consolida la vivencia de la realidad comunitaria (en torno a los niveles psicosocial y existencial) y da un sentido nuevo y definitivo —el teologal— a la experiencia comunitaria. Ninguna relación intersubjetiva, dual o grupal, por intensa que sea la reciprocidad de conciencias que en ella pueda darse, llega a ser experiencia fundante. Esta pertenece exclusivamente a Dios. Si el amor interpersonal consigue ser fundante, solo lo será en cuanto teologal, es decir, en cuanto amor de Dios en Dios, lo sepa o no el que ama.

En cualquier caso, considero que en el proceso de crecimiento humano integral (formación inicial y formación permanente) ha de trabajar todos los niveles de manera simultánea, aunque gradual. La sabiduría del itinerario que nos lleva a ser “un solo corazón y una sola alma y hacia Dios” está en la interioridad que se transforma, adquiriendo distintos niveles.

5. Experiencia teologal de la comunidad

Acabamos de decir que la experiencia teologal no es la última, algo así como el piso superior del edificio comunitario, sino el basamento, las columnas y el remate. La experiencia teologal está en todas las otras dimensiones y más allá de ellas. Pero, justamente porque está en todo y más allá de todo, presupone las dimensiones humanas (la psicosocial y la existencial especialmente).

La experiencia teologal de la comunidad religiosa se nutre de la correlación, nuclearmente cristiana, entre el amor de Dios y el amor del prójimo. Varias fuentes de inspiración convergen en este punto:

- La comunidad religiosa nace de la llamada de Dios y, como tal, es convocación de Dios. En este sentido, se ha inspirado en el texto matriz de Hch 2, 41-47.
- La comunidad es signo de la presencia de Jesús resucitado en medio de los suyos. Texto inspirador: Mt 18, 20.
- El amor fraterno realizado en la reciprocidad, tal como se repite en los textos joánicos, es el imperativo y el don de la Nueva Alianza en el Espíritu Santo.

Esta dimensión de la reciprocidad interpersonal, que es la que hemos destacado en estas páginas, es, sin duda, la más radical, pues tiene como contenido propio el amor. En cristiano, como se sabe, no hay dos clases de amor —el que se refiere a Dios y el que se refiere al prójimo—, sino una sola: el amor teologal, que viene de Dios y ha sido derramado en nuestros corazones, y por el que amamos a Dios y al prójimo al modo de Jesús, en el Espíritu Santo. Este amor es dado en la fe, pero

permanece en el tiempo y en la eternidad. Por eso, allí donde aparece, dentro o fuera de la Iglesia, allí está el Reino.

No basta con decirlo teológicamente; intentemos describir sus rasgos pensando más concretamente en nuestra experiencia comunitaria:

- a) La experiencia teologal se realiza cuando se tiene una historia implicativa con otras personas, cuando se ha sufrido y gozado con ellas. Hay que desconfiar de cierta ideología del amor abstracto, como cuando se habla del amor a los hombres en general. La comunidad religiosa compromete en una historia de amor concreto, con rostros que tienen nombre y apellidos.
- b) En esa historia se ha experimentado al Dios que salva y la dinámica del Reino; por ejemplo: cómo actúa la gracia desde la condición humana, descubriendo el amor encarnado y misericordioso; cómo el amor permanece a través de diversas vicisitudes, se afianza en el sufrimiento y crea fidelidad; ahí, en la comunidad, me he sentido yo mismo y he sido para otros, sorprendentemente, fuente de libertad; hemos aprendido juntos a discernir la presencia de Dios entre nosotros y en el mundo, precisamente en el claroscuro, en la ambigüedad del grupo y de la historia; y hemos esperado contra toda esperanza...
- c) Lo que al principio era coincidencia vocacional, poco a poco se me ha hecho pertenencia, de tal manera que ahora puedo decir que, sin la comunidad (sin estos hermanos que Dios me ha dado y que yo no he escogido), mi proyecto evangélico de vida no tiene sentido.
- d) Ahora, al fin, por milagro estricto de la gracia, conozco el amor desinteresado, que no depende de la gratificación inmediata en el convivir, ni de la eficacia en las tareas comunes, ni siquiera de nuestro futuro institucional: basta con ser hermanos en el amor.

No nos extraña que de lo que aquí se habla apunte alto; buscamos acercarnos nada menos que al amor teologal propiamente dicho. Y también sabemos que siempre estamos en camino, y que la experiencia vital es circular: por el amor teologal vivo en comunidad, y la comunidad es a la vez mediación de dicho amor.

La comunidad libera de lo religioso ‘imaginario’, ya que es ámbito de praxis real de lo espiritual. No ha sido el psicoanálisis quien ha inventado la sospecha de que la experiencia de la trascendencia se presta a la fantasía del deseo. Lo dice san Juan con rotundidad en su primera carta: ‘Si alguno que tiene bienes de este mundo ve a su hermano en necesidad y no se apiada de él, ¿cómo puede permanecer en él el amor de Dios?’ (1Jn 3,17). Y en un texto de sus *Confesiones* san Agustín deja meridianamente claro que el deseo de vivir con Dios y de Dios pasa por la obediencia al mandato del amor al prójimo:

“Este es el fruto que espero de mis confesiones, en que me presento no como he sido antes, sino como soy ahora. Haré estas confesiones no sólo delante de ti, gozándome secretamente con temor y temblor y con una tristeza secreta mezclada de esperanza, sino también ante los oídos de los hijos de los hombres creyentes, partícipes de mi alegría, consortes de mi mortalidad, conciudadanos míos y compañeros de peregrinación y de vida, unos antes y otros después. Estos son tus siervos, mis hermanos, que tú quisiste fueran hijos tuyos. Estos son mis dueños. Tú me mandaste que esté a su servicio si quiero vivir contigo de ti” (*conf. X,4,6*).

Textos como estos son definitivos.

En fin, considero que solo desde la inobjetivable pero determinante interioridad se puede saborear la objetivable intersubjetividad en forma de vida comunitaria como una realidad propicia al desarrollo de las virtudes teologales, ya que obliga a fundamentar el proyecto de vida más allá de los deseos y expectativas. No puede ser idealizada mucho tiempo la comunidad propia. Ahí, en nuestra mediocridad, brilla para la fe la presencia de Dios, y para la esperanza la semilla del Reino, y para el amor, sobre todo, la gratuidad incondicional y la fidelidad insobornable de la Alianza.

Solo desde la inobjetivable pero determinante interioridad se puede percibir que en la objetivable comunidad paradójicamente celebramos, como en la Iglesia, el don que desborda infinitamente nuestra conciencia y nuestros deseos. En la comunidad se me da la Palabra, la Eucaristía, la comunión de los santos... Con los años se experimenta que de la comunidad se recibe mucho más de lo que se da. Y esto no se refiere solo a las riquezas inagotables de la Iglesia, que se dan concretamente en la comunidad, sino también a esa otra riqueza no cuantificable que es la comunión en el pecado y en la gracia, que somos los creyentes que vivimos juntos.

Solo desde la inobjetivable pero determinante interioridad se puede percibir cómo en la objetivable intersubjetividad de la vida comunitaria se experimenta anticipadamente el gozo de la comunidad futura en el cielo. Dicho así, puede sonar pretencioso y rimbombante, pero lo cierto es que quien no experimenta esto de vez en cuando (y para ello no hace falta ningún éxtasis de amor ni ningún ‘momento mágico’ de exaltación) sabe muy poco de la semilla de eternidad que, desde Jesús, habita para siempre este mundo.

José Manuel Durán
Maestro de novicios OAR
Monteagudo (Navarra)



ORDEN DE AGUSTINOS RECOLETOS
INSTITUTO DE ESPIRITUALIDAD E HISTORIA